

Argentina-Chile

Entre bueyes, hay cornadas

Guillermo Almeyra

El viejo adagio español asegura que "entre bueyes no hay cornadas" queriendo decir con ello que las personas de la misma condición llegan fácilmente a acuerdos. Como siempre, el sentido común, pragmático por excelencia, es desmentido por los hechos.

En toda época de crisis económica mundial, de estancamiento o reflujo de los movimientos de masas y de crisis política y moral de los sectores dominantes, se refuerza en efecto la tendencia de los *bueyes* a darse cornadas o, más concretamente, surge el deseo aventurero en los poderes sin contrapeso popular a tratar de resolver los problemas económicos a costa de la agresión al vecino y de conseguir así, de paso, una sumisión y un aplastamiento de la oposición popular en aras de la unidad nacional para defender a la *patria en peligro*. Tras ese nacionalismo agresivo, en el caso de los pequeños, actúa a su vez el de los grandes que, por mano ajena, intentan extender su zona de intereses. En esas épocas, la famosa frase de Clausewitz — "la guerra es la continuación de la política por otros medios" — encuentra a diario toda clase de ilustraciones.

Un ejemplo directo es la guerra por el control de las zonas petroleras amazónicas entre Perú y Ecuador, guerra *de pobres*, guerra útil para las burguesías respectivas, acosadas por una crisis política y social sin precedentes. Otro aún peor es la tensión existente entre Argentina y Chile, para ventaja de Pinochet y de la junta argentina.

Lo que está en juego es claro: se acaban de descubrir ricos pozos petroleros en la entrada atlántica del Estrecho de

Magallanes y Argentina espera que esa zona sea su Arabia Saudita, su Mar del Norte. El doctor Adolfo Silenzi di Stagni, conocido especialista en asuntos petroleros y consecuente defensor de una política nacional en Argentina frente a las Siete Hermanas, ha denunciado que el Estado argentino tiene conocimiento de que en torno a las Malvinas existe un riquísimo manto petrolero y está desmantelando YPF, la empresa petrolera estatal, y escondiendo el resultado de las prospecciones en beneficio de Inglaterra y de las trasnacionales petroleras. La decisión inglesa de poblar las Malvinas (argentinas) con habitantes de la isla africana de Santa Helena, para evitar que Argentina utilice como argumento para recuperar las islas la creciente despoblación de las mismas, forma parte de una maniobra inglesa para asentar sus posiciones en esa zona (poseedora de nuevas riquezas) y que tiene gran valor estratégico ante la posibilidad de que, en una guerra, los cohetes soviéticos cierren el Canal de Panamá y sólo quede el Estrecho de Magallanes como paso marítimo entre el Atlántico y el Pacífico. El diario argentino *Clarín* (de tendencia desarrollista) ha editorializado reiteradamente en estas últimas semanas sobre la decisión de nueve naciones de hacer prospecciones petroleras y mineras en la Antártida (entre ellas, Argentina y Chile) y sobre la necesidad para Argentina de desarrollar la tecnología que le permita explorar el krill de esa zona, principal reserva alimentaria de la humanidad. El petróleo y el krill son pues lo que se está discutiendo en torno a la posibilidad de que, con el fallo papal, Chile se convierta también en una potencia atlántica y tenga acceso a ellos

(lo pueda negociar su explotación, como capataz o socio menor, con Estados Unidos, mientras Argentina cumple el mismo papel con Inglaterra).

A esto se agrega la crisis económica (Argentina ha visto disminuir sus reservas en divisas a la mitad en un año, mientras su deuda externa se elevaba como un cohete) y los comienzos de una crisis política interburguesa, como resultado de la política de la junta y de su super ministro Martínez de Hoz. De hecho, en Argentina se ha abierto un proceso de reanudación de la vida política que, antes, estaba limitada a los sectores castrenses y, hoy, abarca a los partidos burgueses y de la cual *sólo* están excluidos los trabajadores. En Chile, el referéndum de Pinochet ha demostrado, a su vez un proceso parecido.

Es evidente, en este contexto, que ambas dictaduras tienen todo que ganar de la creación de un ambiente belicista y nacionalista y que por el contrario, ni los trabajadores chilenos ni los argentinos tienen nada que ver con esta disputa entre bueyes militares. Ya en el primer gobierno de Perón, cuando en Chile gobernaba el general Ibáñez del Campo, ambos países declararon anulada la frontera entre ellos y establecieron una efímera unión, lo que demuestra que si hasta las burguesías nacionalistas pueden tener interés en una planificación común, ésta es enteramente posible y debe formar parte de los objetivos de ambos pueblos, una vez derrocadas las respectivas dictaduras.

Nacionalismo equivale a militarización de la nación, aplastamiento de la posibilidad de acción independiente de los trabajadores, mayor dependencia económica y política frente a las grandes potencias. El antibelicismo, en cambio, ayuda a la democratización, pues los regímenes militares espurios no pueden jugarse el destino del país ni representarlo, y negarles la posibilidad de "continuar su política por otros medios" es rechazarlos.